BODA PARA OCHO

Manuel Rodríguez Barba

BODA PARA OCHO

Manuel Rodríguez Barba

avant
editorial

Primera edición, octubre de 2026
© Manuel Rodríguez Barba, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com
Diseño de portada: autor de diseño

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN .9791388206986
THEMA: FBA - FBEL -FBA
DL: M-22154-2026

A la ciudad de Salamanca

1

MANAUS

Es una ciudad preciosa, con una plaza porticada que gusta a todo el mundo, dos catedrales y siete puentes que cruzan un río que parece mayor de lo que es. Sus edificios lucen al sol, las sombras son de las que no turban la paz y pese a que no haya bosques alrededor se respira buen aire. Estar habitada en proporción a su extensión evita el andar a empujones y que se piense que es fácil encontrar lo que se busca.

En una mañana de primavera azul, con las campanas sonando a buen augurio, el aire flota tibio y los tilos están a punto de florecer en los jardines de la plaza de Colón; ambiente manso y pleno de olor a nuevo, que es el entorno apropiado para que los invitados a la boda de Alba y Víctor los aguarden complacidos.

Están los siguientes:

Beatriz, hoja de mata en jardín florido, amiga íntima de la novia. Luce pelo corto, un diminuto barco velero tatuado en el hombro izquierdo, camisa blanca y amplio pantalón negro. Pone un pie sobre un banco de piedra y, con los brazos apoyados en la rodilla, mira cuanto lejos puede, queriendo cada cosa en su sitio y a ella ocupando el suyo sin impedimentos que malogren sus deseos.

Cristina, dificultada por un canto truncado al que está poniendo letra nueva, espera emocionada a Alba, su compañera de siempre. Es alta y bien proporcionada, tiene la palidez del desvelo y la voz templada de quien acostumbra a hablar por convencer. Con pamela amplia y chaleco albericoque, el tintinear de sus pulseras de colores vivos le confieren aire de frescura y acrobacia de mariposa. Está por sumarse a lo que tañe a regocijo.

Gabriel, es de querer llegar a más de a lo que alcanza y de no dudar de lo que cree, aunque lo manifieste sin entusiasmo. Menudo, sonrosado el rostro e hinchados los párpados inferiores, arruga el entrecejo previniéndose de que se le escape una frase que delate lo que piensa. Está por distinguirse con el traje que estrena y mira, alzada la cabeza, para que se sepa que su tarea de ascendiente principal, es el padre del novio, no la da por concluida.

Natividad, madre de la novia, hace por destacar y ponerse un poco más arriba porque se la vea activa y no se note que le cuesta poner de acuerdo cabeza y corazón. Acicalada para cumplir con su exaltación de madre, lleva el cabello teñido de rubio y tacones imposibles. La airosa torre octogonal que mira de frente le parece antigua por su preponderante aspecto masculino; ella prefiere el campo abierto, a condición de que sea llano y no haya nadie que levante polvo.

Tomás, gira por la fuerza gravitatoria del trance en que se consume y arde en una llama que le produce escalofríos. Con más huesos que carne, sus facciones son finas y juveniles y tiene un bucle moreno sobre la frente. La luz que se mueve entre las hojas anchas y los frutos globulares de los plátanos le recuerdan a su bebida

preferida. Al cerrar la boca le rechinan los dientes, pensando en lo bueno que le espera a su amigo, el novio.

Urbano, con gesto serio y sombras asentadas en las mejillas, habla para no parecer ajeno a la conversación. Bien arreglado y afeitado con esmero, la mirada la tiene ausente, a pesar de intentar fijarla donde se apacigüe. Ha probado en lo alto de la estatua de Colón y en la puerta principal de los juzgados y no lo ha logrado. El que tarde en llegar su amigo Víctor le exaspera.

El parque, limpio, pequeño y de un verdor de reposo, es una gracia dentro del casco histórico de la ciudad y, aunque con vistas a una iglesia cerrada y a un palacio deshabitado, da gusto detenerse o transitarlo pausado. Con las petunias y los geranios recién plantados, brillante el sol y sin entrechocar de sombras, el ambiente es de celebración. En medio se alza imponente la estatua del almirante Cristóbal Colón.

Quienes llegan de la mano son los novios.

Alba, sana, bella y en gracia consigo misma, prodiga energía y desborda pasión, trata de controlar sus emociones, retener la curiosidad y no entrar en disputas. Cuidadosamente peinada, viste de novia, blanco sobre blanco, y prendido del pecho lleva un ramillete de flores de mirto. Anda desenvuelta, con la convicción de que acierta en lo que lleva años deseando que suceda: ponerse en otra piel sin dejar de ser la que es.

Víctor, lleva contadas en la cabeza cien maneras de intentar ser agradable y en el corazón mil saltos de alegría por sentirse participe del vigor y del encanto de quien pronto será su esposa. Mirándola, se le corta la respiración. Es jovial, educado, buen médico, está preparado para no poner dificultades a la decisión de los demás y tiene la solidez necesaria para ser a la vez amparo y enamorado. No impresiona por su personalidad, pero atrae su sonrisa de pedir calma y que se sea tolerante.

ALBA

Están los que son, compendio de la suma y resta de todo lo que bulle en la singularidad del mundo, donde placer y pesadumbre van de la mano para que los atrevidos lo disfrutemos y los amedrantados se pasmen; representación de lo que nunca acaba de comprenderse por larga que sea la existencia en la que trascurrimos, hechos para aguantar golpes y adaptarnos para no rompernos. Hoy pido una tregua para ellos y nosotros que nos exima de los trastornos de cabeza que causan los problemas. Por mi parte la intención es mostrar ánimo y ofrecer confianza para que estando seguros y sin pedirles de lo suyo, se sientan a gusto.

A Víctor lo quiero, me regala flores y está preparado para acogerme si me descarrío. Con una palabra que diga, sabe de qué hablo y no escatima quehaceres por verme contenta. A su lado hay cosas que ya no se derrumban y cuando se tuercen hace porque se enderecen. Necesito seguridad para seguir creciendo y, sin tener que reprimir las emociones, tenga quien me cure alguna.

«Estás preciosa.»

Es su manera de darme las gracias cuando me levanto del sofá a servirle una copa de brandy. Lo hago para evitarme el mal trago de que desparrame los cubitos de hielo por la encimera de la cocina. Respondo expresiva:

«Si lo sabré yo.»

Claro que lo sé. El vientre menos liso de lo que debiera, arrugas en el entrecejo y manchas de sol en la piel. Con que pusiese cara de agradecido bastaría, pero lo de verme complacida para él no tiene orilla. Sonrió, dándome por recompensada.

Desnuda gano. Me mira con cara de cielo. Fogoso, sería capaz de saltar la valla del estanque y beberse toda el agua, estando yo dentro. Le acaricio el sexo y chasco la lengua. Empuja y hago que jadeo. Resopla y, cuando aúlla, chillo, triunfante de sentirlo exhausto y vencido.

Son días de mirar al techo sabiendo que no se va a caer estando Víctor para sostenerlo y de, sentada en sus muslos, inclinarme a posar mis manos sobre su corazón para susurrarle:

«Te quiero.»

Verdad, a estas alturas mentirle me produciría jaqueca, haría que se me levantara dolor de cabeza, tanta como no acertar a explicar a los clientes de la empresa de brókeres de bolsa en la que trabajo por qué las mismas acciones a la hora del cierre suben en Tokio y doce horas después, a la apertura en Buenos Aires, bajan.

Me agradó desde el principio por su mirada limpia, por su talante conciliador, por llamar a las cosas por su nombre y por curar sin presunción. Es sociable y risueño y está dispuesto a cambiar de opinión si la ocasión lo requiriere. Es de los que dicen lo que piensan y no gritan para hacerse entender. Para mi edad e inconstancia, un regalo.

Con ganas de hacer el amor, duplica sus fuerzas. Lo beso y remuevo su saliva con la lengua, se tensa y me penetra estremecido por el gozo. Cuando me corro, lo nota, satisfecho, coge más aire del que le cabe en los pulmones, tose y nos reímos. Se recupera y vuelve a las caricas y a los besos, ardiendo en la hoguera que prendo.

En uno de esos atardeceres sedosos, sábanas hechas de olas y anhelos magníficos, mientras nos vestíamos para salir a pasear, con esa voz suya acogedora y clara, dijo:

«Debiéramos casarnos.»

Fue hace tres meses, un día con el invierno de verde claro, lucido el cielo y una canción emergiendo que se oye y se siente como la corriente de un río. Me consideré convocada a un estado que asciende a poner música donde se vacila. Tibio el corazón y templada la emoción, respondí:

«Es lo que pienso.»

Lo tomé como un desafío al que hice intención de poner agarraderas para evitar que rodase por alguno de los terraplenes de tanta pendiente como hay en torno a decisión tan trascendente. Y eso que sé que tiendo a la improvisación y a no resistir que lo inesperado se apodere de mí.

Hasta ese momento, lo de casada lo tuve por un título devaluado, frío y tendente a la mengua. Fue un repentino decidir que me introdujo de golpe en un campo que siempre pensé lleno de trampas.

Aquel día nos besamos largamente en una esquina que da vista a más de dos calles, al amparo de un edificio espléndido con conchas prendidas de la fachada, símbolo de la prosperidad y del renacimiento. Dije:

«De aquí a querernos como nunca se ha querido y que sea por siempre tallo que nos sostenga.»

Al instante respondió él:

«Hay días que no debieran acabar nunca.»

Grandilocuente yo y exultante él, me miró mostrándome las manos con las que recogía mis palabras. Llenas de lo bueno que me prometía.

Aunque no soy de hacerme preguntas enrevesadas ni de fastidiarme debatiendo conmigo misma, desde aquella tarde raro es el día que no siento rondándome la perplejidad, porque, habiendo hecho lo indecible por simplificar mi existencia, haya algo que me la pueda complicar. Por ahora me hace bien su calor y descansar apoyada la cabeza en su hombro.

El día ha amanecido espléndido y he querido creer que es a merecimiento de la celebración de nuestra boda. Muy temprano he ido a casa de mi madre, extraviada todavía en la sorpresa, para que me vea contenta y no crea me encamino a un fracaso.

Me alegré de que no estuviera Demetrio. Es un árbol seco al que mamá se ha arrimado creyendo poder reavivarle las raíces y que dé buena sombra. Discrepo, es un tipo que resuena como un cántaro vacío. Le he comentado varias veces que acabará como uno de esos trenes en los que va de revisor, apartado en un andén a la espera de viajar a ninguna parte. Se irrita y clama:

«¿Qué pretendes? ¿Que viva con un gato?»

Sonrío por no bufar.

«Claro que necesitas compañía. Solo te pido sea uno que no haga por espantar moscas donde no las hay.»

Me mira furibunda. La comprendo. Su única hija y la acoso, implacable.

Es de tener mala suerte. Con mi padre no se casó y el marido que tuvo se le marchó. Debo ser cauta con ella, quiero decir amable e, incluso, cariñosa. Pasar un tercio del día en el hospital ejerciendo de enfermera con gente extraña requiere quien la cuide en casa. Raro es el día que no nos llamamos por teléfono. Yo, desde el coche, cuando salgo de la oficina acabada la jornada. Hay días que mi intervención es de lacónicos monosílabos. Le he puesto WhatsApp, pero se niega a utilizarlo.

Antes de volver a casa, me froté con el amuleto azul contra mal de ojo que compré hace años en Estambul. Me gusta esa ciudad, la inmensidad del Gran Bazar, el café turco, las puestas de sol desde la cubierta de un barco navegando por el Bósforo, los kebabs del restaurante Hamdi, escuchar música a la sombra del puente Atatürk. No volveré más, a pesar de la esplendidez de sus palacios y de los jazmines de sus balcones, a después de bien follar bailar en la terraza del hotel y tomar el último sorbo de ginebra en la copa del que esa noche hacía de hombre de mi vida.

Hoy es un día grande, como de recobrar el aliento después de la carrera y poder cerrar los ojos segura de la mano a la que me agarro; por fin libre de ataduras, alejada de tentaciones e irremediables caídas. Suspiro al acabar de subir los escalones del parque de Colón. Va a ser un día largo. El abrazo de mamá es teatral.

—¡Hija! —exclama.

Es rancia, pero es mi madre.

—Con mil besos no te pago ni un día de tus desvelos —digo firme y la sonrió porque es un idioma que entiende.

El que se haya teñido el pelo de rubio platino es un desatino y los tacones altos, un riesgo. Dios quiera que no se caiga. Le haría un estropicio en la autoestima. Compungida es un martirio.

—No sé si llorar —dice.

No me la figuro derramando lágrimas. Prefiero que haga que me quita un hilo del pelo o que ponga pegas a que salga con Víctor sin que lo coja del brazo. Respondo pidiéndole avenencia:

—Hoy has de estar contenta y que no tengas que limpiarte el rímel de las mejillas.

Hago que se sienta como si tuviera que arremangarse para echarme una mano por estar en trance comprometido. Se anima, dispuesta a arremeter contra quien me incomode.

Es capaz de arruinar un buen momento creyendo que lo apuntala. No puede imaginar que pueda meter la pata defendiendo a su hija. Ninguna de las lecciones que le ha dado la vida han calado en ella.

Por encima de su hombro diviso a Tomás. Prepara bien los gin-tonics con fresa. Cuando los tomo en su pub, me mira como si tuviera que pagárselos doble y devolverle, delante de todos, algo que le debiese. Emplea conmigo un tono mordaz que me molesta y no le perdono que me maree cuando me besa en la boca.

—Mi barman favorito —digo, enseñándole los dientes.

—Bienvenida.

Como si la invitada fuera yo. Lleva una chaqueta negra que le hace más delgado y los cordones de los mocasines marrones claros que le regalé mal atados. Apenas disimulo mi rabia de malquerida.

—Aun no pudiendo, hubieras venido —digo solo para él.

Abre y cierra los ojos varias veces más que por la extrañeza que le que causan mis palabras, por ese tic nervioso de quienes no se sienten a gusto.

—Os adoro. Sobre todo, a ti —responde masticando las palabras mientras se estira para mirarme desde arriba.

No está para creerse el amo del mundo. Se siente recluido en un mal oficio e incapaz de hacer las maletas para viajar donde dejar su adicción a los estupefacientes.

La cabeza le da vueltas cuando la agacha y el cuerpo lo tiene machacado. Desde el principio me atrajo. Era y es el amigo del alma de Víctor, con el que ríe y disfruta recordando sus aventuras de chicos traviesos. Hay días que lo pienso como si estuviera salvándome de un naufragio y porque no se ahogase tuviera yo que socorrerlo.

—Bebe hasta que te sientas mejor desnuda que en pijama.

Es una rareza que me espetó con la mirada nublada y un guiño de estar proponiéndome algo impúdico. Estaba yo ese día, vestida de verde esmeralda y un clavel blanco en el escote, complacida por ir acompañar a Víctor a la fiesta por san Lucas. Dándole la espalda respondí:

—De proposiciones de extraños me tengo advertida no fiarme.

Que, tomándome del brazo, se dirigiera a mí con más que confianza me rebelaba, aunque si no me hablaba, sentía que me corría una araña por la espalda. Su influjo me irritaba e hice porque desapareciera comenzando a acostarme con el que va a ser mi marido. De creer que así le fastidiaba, gozaba.

Me revuelve verle con aspecto fatigado, que hable con la voz apagada y que me atraiga. Tiene talento, pero no lo usa. Hay cosas de su proceder que me dejan boquiabierta, como cuando me dice:

—Nunca te enamores. Se pierde independencia y las heridas que te hace no se curan.

Su tono no es de recomendar sino imperativo y con la mirada intensa de las que imponen. Al comienzo, en su presencia me ponía nerviosa. Sucedió al principio de conocernos, agazapado él tras el mostrador del bar a la espera de saltarme al cuello y yo afilando el ingenio para zaherirlo si no me daba preferencia.

Me colma la paciencia, le grito exasperada y tengo que sentirlo dentro de mí para que me vuelva la calma. Necesito paz y me hace girar en sentido contrario del que voy. Hace cien cosas para quitarme la vida y con un beso me la devuelve. No sé si he sido su amante, una flor roja ardiendo en la misma hoguera o solo raíz empapándome de su deseo por no secarme. Delicia y tormento de amarlo hasta el martirio y de sentirlo haciéndome pedazos.

Distinto me ocurre con Beatriz, encargada del gimnasio al que voy, sensata y concentrada en su tarea de masajista y relaciones públicas. La estimo por su amabilidad y sutileza. Cuando conversamos, si ha de quitarme la razón, hace que parezca me la da. Es un cielo que hace que corrija mi natural tendencia a la insatisfacción. Me ayuda a rebajar la tensión que me causa el trabajo y que me fie de que serán buenas las consecuencias de lo que emprendo.

—Mi chica preferida —digo dándole un beso en cada mejilla.

—Hola a la más guapa de mis clientas.

Tiene las piernas bonitas y huele azahar. Cuando me dijo que era lesbiana, ya nos habíamos hecho confidencias y abrazado. Desde entonces, más amigas.

Está herida. Una mujer egoísta se ha cruzado en su existencia, se la ha tornado tormentosa y le ha puesto en un estado de ánimo que la inquieta. Le asaltan temores que para mí son irreales y para ella sogas en las que se enreda. Hago porque cese su influencia, le vuelva el entusiasmo por sí misma y ponga fin al abatimiento en que vive por culpa de esa codiciosa de la que está prendada. Las dos nos quejamos de querer más que debiéramos y nos decimos que los enamoramientos debieran ponerse al peso para percatarse que cuanto más grandes son más pesan.

—Los pesares son temporales —me asegura haciendo por no parecer triste.

—Te quiero —respondo abrazándola.

A ella, a mí y a todas las que están porque su lámpara arda con llama propia y consistente aviso de lo malo que es vivir pendiente de que sean otros quienes nos aviven.

Es apuesta y posee una personalidad inquebrantable. No la concibo en el rincón de un cuarto con gesto de asumir una derrota.

Ambas estamos en la edad y con las fuerzas para oponer resistencia a quienes pretenden dominarnos, aplicarnos lo que nos beneficia y decir basta a palabras engañosas y a hechos deleznables. No entiendo a quienes no ponen freno a lo que les avasalla y aguantan lo que les duele teniendo remedio.

Con el pensamiento en eso, casi tropiezo con Urbano, que con ademán educado estira los brazos por si fuera necesario sostenerme.

—El hombre de los templos para humanos —le saludo distendida agradeciendo su intención.

—Verte y oírte es un regalo —dice engolado.

Es majo, pese a que sea de los que ríen o lamentan teniendo en cuenta solo lo suyo. Algo ingenuo, es de los que se quejan en demasía que le frustren las ilusiones y tiene una creencia trasnochada sobre el matrimonio.

—Estás estupendo.

Hago por realzarlo porque lo aprecio. Lo de ser arquitecto lo asocio a los que inducen a poner arreglo para que las personas convivan en armonía. Cuando se consigue distribuir los espacios sin separar a quienes los habitan, es de premio.

—Estoy jodido —exclama resoplando.

No debiera. Viste un traje elegante y una corbata gris perla impecable. Goza de prestigio profesional y mira tras los cristales de gafas de rico.

Instalado en un escalón alto de la apreciación social, su consorte, lo ha empujado escaleras abajo a lo gris del limbo. Mal casados los hay a puñados y, sean pudientes o menesterosos, están expuestos a mil sobresaltos. Yo defiendo el derecho a sacudirte de lo que no quieres, te molesta u obra en tu contra. Razones tendrá para mostrar disgusto porque lo haya dejado, pero se equivoca en manifestarlo como hecho de alta traición.

—Envidio a Víctor —suspira.

Solo faltaba que se pusiese triste por vernos felices. Sería de mal agüero.

Demasiado ocupado con planos y cálculos sobre la resistencia del cemento, la quiso en casa, atornillada en el sofá, el corazón aprisionado y sin jardín, siendo mujer no podía ser. Lo de la esposa encendiendo la chimenea para él y ella pasando frío se acabó.

—La tengo borrada de mi memoria y bien no la deseo —explica, tratando de que le suene fuerte la voz.

La avidez de venganza y los desquites son una inutilidad, humo que se arremolina en el aire y que acaba metiéndose en los propios ojos. Le faltan clarividencia y temple. Creer que además de abandonarlo le fue infiel hace que se sienta humillado, lo que le ha metido en una angostura en la que exagera los reproches y las sospechas le crispan. Los celos producen una ansiedad despiadada. En cuanto a Elvira, si ama a su nueva pareja, no es perfidia haberse ido, es hacerse justicia a sí misma.

Si no fuese por el aprecio que le tengo, viéndole con la mirada perdida y persistiendo en su lamento, le diría que da pena y por lo que dice, majadero. Alguien habrá que le recomiende que, si no es capaz de disimular su pesar, no haga por andar tan derecho que parece se almidona los cuellos de las camisas.

Hay que ser como mi amiga Cristina, puesta delante de mí con su mejor sonrisa y alegría sincera de verme contenta, que se divorció disgustada, pero sin ruido, y que bate palmas cuando va con su hija a ver a su ex jugar al tenis y gana.

—Tenemos que hablar —digo, evocando lo bien que lo pasamos juntas.

—Me alegra verte feliz.

Nos abrazamos, satisfechas de quedar para vernos en un bar donde se bebe vermut de barril acompañado de aceitunas manzanilla deshuesadas. La relación con ella es sencilla y sin complicaciones. Soy afortunada de tener una amiga así. Ambas nos hemos apoyado en las dificultades y sorteado juntas obstáculos y equivocaciones.

—La amistad es un tesoro que mostrar y conservar.

La dicha propia se disfruta más cuando participan de ella las personas que quieres.

Con Cristina la relación se torna familiar. En los malos días hemos pasado las tardes abrazadas, sin dejar que ninguna se deslizara por el terraplén del desespero.

Es asentadas en la calma física y mental cuando descubrimos tras lo que vamos, se toman decisiones acertadas y se recupera una de los pesares más fácilmente. Ella, después del trago amargo de la separación, desconcertada aún, tuvo que ponerse a vender perfumes y dentífricos en la tienda de droguería de sus padres. Se le tensaron los nervios y se le endureció el gesto. Pasó de mansa y confiada a suspicaz y retraída y, aunque han vuelto a olerle el cabello y las manos a violetas, hay días que flota ausente, y es que todavía no estamos programados para adaptarnos a las infinitas variables a las que estamos expuestos. No es extraño, pues, que, para rescatarnos de tanto agobio, a veces hagamos lo que no debemos.

Aceptar que estamos tristes por más que sonriamos es la mejor manera de comenzar a dejar de estarlo. El tipo del que se divorció es un bobo que no supo apreciar su valía, seguro que Cristina conseguirá subirse a buen caballo que no haya que espolear ni la lleve donde graznan cuervos.

Las mujeres somos abiertas y generosas, fáciles a que nos aprese el enamoramiento y a dejarnos llevar por las emociones, de querer pasar a la orilla soleada del río, aunque el puente sea estrecho, y de hacernos invisible con tal de sentirnos amadas. Odio la habilidad de los malabaristas y el saqueo de los depredadores. Estoy contra los bandidos, la inutilidad de malgastarme en quimeras y de las que para defenderse se arman con ramos de flores y cuando triunfan se conforman con coronas de laureles.

Voy a tomarme muy en serio el estado de mi amiga. El que su sonrisa termine en gesto de disgusto me preocupa. He de encontrar tiempo para dedicárselo. Le mostraré que nada merece dejar de disfrutar de la vida.

Avisto a mi pronto suegro, con aire de pretender que se le dé por bien plantado a pesar de lo torcido de sus intenciones. Se autoproclama autosatisfecho, supongo que por haber sido empleado en tienda de lo que se vende fácil, por echarse buenas siestas y por ver futbol por televisión tumbado en el sofá. Es un insustancial que se lamenta de que pase el tiempo y de que se vaya haciendo viejo.

—Da gusto verte, Gabriel, erguido y satisfecho —digo alargando las palabras.

—Pocas cosas producen tanta alegría como ver casarse a un hijo —responde levantando la vista al cielo, probable que para pedir que me envíe un castigo por decir lo contrario de lo que pienso.

—Saber lo que somos nos ayuda en el día a día —señalo a la vez que me inclino no hacia adelante.

Es de los que riman bien con lo malo de la rutina y lo que se desmorona.

—Contigo —dice sin mirarme—, Víctor ha tenido suerte.

Hay rigidez en su figura, en lo que dice, ironía y en la risita que esboza, las ganas de ponerme una trampa que me parta las piernas.

Sé que habla mal de mí, que ahora haga por disfrazarlo no es por dar un paso atrás, es porque no se lo ocurre otra cosa que decir.

Veo con claridad lo que espero de mi matrimonio. He de recuperar el aliento, prepararme para una carrera larga, poner orden en mi conducta y entregarme sin reservas a Víctor. Estoy por desbordarme en sus brazos, pedirle opinión y estar preparada para qué si hago para ser condenada, rogar me perdone. Seguir, seguiré prefiriendo el mundo que quiero, a vivir en uno que no me satisface.

VÍCTOR

Hoy, día de mi boda, es de hacer las paces con todos, conmigo también. Voy de la mano con la mujer que amo, los rostros de quienes nos saludan se alegran y tengo la confianza de haberme librado a tiempo de defectos que sin ella no hubiese corregido. Alba resplandece con su vestido blanco y la luminosidad de su piel morena. Vivir a su lado es fácil. Su presencia obra en mí la impresión de estar adentrándome en una vida nueva hecha a la medida de mis deseos. Es como ir desplegando velas y que el viento sea favorable. Despeja el mal tiempo con su sonrisa y marca el rumbo con acierto.

—Eres extraordinario —me decía mientras la desnudaba como un artista a su modelo favorita en una habitación con olor a mar y luz creciente.

—Te amo —respondía, con admiración y gozo por su presencia.

Día este, de doble primavera, en el que comparecemos con cuanto poseemos, sin condiciones, a aceptarnos como somos, dispuestos a ser contenidos en el mismo cuerpo y alma.

«Eres admirable.»

Costelación brillando en la blancura del lecho en que nos amamos. Temblor y tibieza de nuestros cuerpos impregnados el uno del otro. Prodigio de tenernos donde nada perece ni oscurece.

«Soy tuya.»

Llave con que me abre su interior, por el que me deslizo a recorrerla entero.

Pido que no cambie mi fortuna y que la oiga proclamando que ha sanado desde que se ha puesto en mis manos.

Las cosas hasta convertirnos en pareja no sucedieron rápidas. Tardé en proponerle que nos encontráramos a solas. Lo recuerdo con la sensación de haberlo demorado demasiado. Ella fijaba su mirada en mí reclamándome determinación, el no hallarla hacía me diera la espalda a modo de mostrar su enfado. Con esa actitud tan suya, fui atraído a su mundo, regido por un proceder entre acogedor e imperioso. Me fascinaron sus ojos castaños, su risa, su boca sensual, su pulso firme. Francisca, mi pareja de entonces, percatada de mi interés por Alba, trató en vano de apartarme de ella.

Comenzamos y fue como acceder a otro mundo, a una vida diferente en la que me fortalecí y expandí entrelazado con su liberal desenvoltura a sentir una dicha que es difícil encontrar las palabras con qué explicarla. Una magia que dura hasta este día.

Aquí, el estar con mi amada y los demás me hace sentir satisfecho y sonreír. Este parque huele a lo que nace nuevo y está limpio. Agradable y pequeño, la sensación es que cuanto aquí ocurra será bueno.

Mi padre me mira poniendo cara de contento, un esfuerzo que le agradezco. Le cuesta afrontar que un hijo suyo vaya a casarse con quien piensa que le va a complicar la existencia y que el otro, con quien no se habla, no asista a la boda por no verlo.

—Estar seguro del acierto en lo que se está acrecienta el sentirse bien —dice sonriendo.

—Es lo que creo y deseo que suceda —respondo satisfecho.

Las buenas intenciones están por encima de nuestras discrepancias. Solemos conseguir que cuando uno se pone a la defensiva el otro no le atosigue para que distendido se le pase el recelo.

—Hoy es día de alegría —resalto.

Desenredarlo de lo malo que piensa de mi casamiento ni lo intento. Solo pido que aguante unas horas con el gesto amable.

—A lo que contribuiré con todas mis energías —contesta.

Pocas veces se ha movido del sitio y cree que hombres como él son los que hacen posible el estado del bienestar, que la justicia sea igual para todos y que haya menos guerras.

Sé que las contrariedades se superan y que los momentos malos pasan. Ahora estoy en que mi historia con Alba se mantenga, y pese a que no vaya a conseguir que pierda la cabeza por mí, procurar no decepcionarla. Tengo confianza en ella y pido que si aparece alguna complicación se mantenga el impulso en que estamos sin consentir que se frene.

—Estando tu madre éramos cuatro —la voz se le quiebra.

Cuando la enterramos, lloró. A nosotros nos dijo que no nos portáramos como si el mundo se hubiera acabado.

Pienso en mi hermano. Me llamó pronto por la mañana para desearnos felicidad y disculpar su ausencia. Yo a los dos les pido dejen de comportarse como quienes no tienen nada que perder y ganar.

Alejado de mi padre, Cristina me toma del brazo, sonriente y con expresión de irme a contar algo interesante. Con la mirada le aviso de que no sea algo a lo que tenga que darle vueltas en la cabeza para entenderlo. A hablar, me adelanto, diciendo:

—Amiga de Alba, amiga mía.

—Título benévolo que me concedéis.

Su sonrisa se amplía, segura de haber acertado con la respuesta. Es abierta con un poso de consciente discreción que hace grata su compañía.

—Estamos contigo más allá del afecto personal.

Intento atinar con lo que satisfaga a los que me dirijo, algo así como quien allana el camino para facilitarse el andar.

—La vuestra es una historia bonita.

Es verdad, y no siendo lisonjera agradezco sus palabras. Sus movimientos son ágiles y el semblante sosegado, aunque haya sombras en sus ojos que revelan los sinsabores por los que ha pasado a cuenta de su divorcio.

De pensar que pueda ocurrirnos a nosotros, siento que se me echa encima un manto sombrío que me causa espanto. No puedo imaginarme sin ella. Verme

privado de su presencia sería un horror y estar a su lado sin que fuera mía, un tormento. Vivo resuelto a no perderla a costa de lo que sea.

A Cristina hay días que se le nota que pasa las noches en vela. No ha encajado aún que se malograra su matrimonio y sigue desconcertada. La he oído quejarse por no haber hecho por separarse antes y también, que hay que hacer lo imposible por evitar que se distancien dos que se quieren. Teoriza sobre lo irremediable y eso limita y frustra. Debiera estar a reconciliarse consigo misma. Que esté a la deriva siendo amiga íntima de Alba me preocupa, oír con frecuencia a un desorientado confunde.

Sentirse apreciado despeja el horizonte de malos presagios y mitiga los sinsabores a los que estamos expuestos en el devenir de lo cotidiano. Es la sensación que tengo cuando veo que se me acerca mi amigo Urbano con los brazos abiertos, complacido por saber el júbilo con el que llego a este día.

—Gracias, amigo —digo apreciando su gesto.

—A ti.

Admiro su gusto por lo bien hecho y su fidelidad a la amistad. Hace años que deposito en él mi confianza, sabedor de que me corresponde y de su franqueza.

—Este es mi mejor viaje —señalo optimista.

—Te lo deseo duradero.

Distinto de los que de jóvenes hicimos juntos, de acuerdo en que el mundo está lleno de grandes sorpresas y nosotros obligados a descubrirlas.

Urbano sabe que la amo, que su aparición en mi vida ha hecho que se despejen mis vacilaciones y alejárseme la insuficiencia. Él también ha de hallar la que le entusiasme y pueda romper el cerco de niebla al que se somete. Se lo digo y acepta proponerse que suceda. Es una gran persona, paciente y poco dado al enfado; pese a que cuente que el día que leyó la nota con la que su mujer se despedía rasgara y quemase lo de ella que no se llevó. Ya es hora de que haga que le desaparezcan las espinas que aún le quedan clavadas en el corazón, halle lo que le estimule y se replanteé su vida sin Elvira.

—Has elegido bien —me dice, mirando a Alba.

He pasado demasiado tiempo en relaciones amorosas de las que por desconfianza o por falta de consistencia he salido mal parado. De una vez por todas, me he librado de desorientaciones y conduzco atinado mi existencia.

—Puestos de acuerdo cabeza y corazón —proclamo rotundo.

En cosas del amor, lograr que perviva es hacer por superar los desgastes y discusiones, conciliando voluntad y sentimientos, poner cuidado en dejar espacio al otro y que haya aire suficiente para cada uno respirar el suyo, estando al tanto de que no por tener razón ha de hacerse de sabio y que para obtener un premio hay que ganarlo. El amor prospera en un jardín que hay que cultivar y plantar de vez en vez una flor nueva.

Beatriz llama mi atención a la vez que me hace un gesto amable de complicidad. Nos damos la mano con cordialidad, ella es la que ha determinado que sea esta la manera de saludarnos, sabedora que no es de mí entera satisfacción. Querría darle un abrazo. Su preferencia sexual me produce un vértigo cercano a la excitación.

—Te veo muy bien. Cambiando a mejor —digo a modo de saludo.

—Mejor tú —responde—, que eres el novio.

Su tono, un punto irónico, es de su marca acostumbrada y posible consecuencia, también, de que deduzca hay doblez en mí afirmación. Es inflexible con quien supone que la agravia e incapaz de fingir.

Sin maquillaje, la mirada penetrante y el flequillo juvenil acentúan su personalidad diferente. Está en el alto de una pendiente por la que empuja a quien la incómoda. Yo la estimo y la respeto.

Alba dice que por incomprensiones que soporta ha de mostrarse alerta y dura, pero que su corazón rebosa bondad y su voluntad, buenas intenciones y que le es llevadero que la censuren, lo que le es insoportable es la palabrería hipócrita de aceptación y que la miren indulgente. La tiene en alta consideración. A mí me parece buena chica pero exigente, de las que nunca están satisfechas. De lo que estoy seguro es de que jamás mostrará debilidad en público ni pedirá socorro. Cuando está relajada y cuenta el bien que hace limpiar la piel con chorros de agua alternando fría y caliente y lo bueno de los masajes para templar los músculos, es un encanto.

—Que lo de hoy os dure un siglo —dice a modo de pronóstico.

Lo bueno está hecho para que se multiplique por mil, vuele hasta las estrellas porque ya no cabe en la tierra y allí los sueños se hagan realidad.

—Estamos en ello —respondo concluyente.

El embeleso de estar al lado de quien se ama se anhela sea imperecedero, mi afán es hacerlo invulnerable para que perdure, sabedor de que lo duradero y efímero se sientan en la misma silla y de que haya holgura o apretura depende de cada uno.

De los encuentros con ella no suelo salir airoso, acierto pocas veces; esta vez creo que sí por cómo me mira. Me reconozco corto de palabras y me falta ingenio para desenvolverme con éxito en una conversación, es por lo que procuro hacerlas cortas y evito polemizar. Alba dice que se es consciente del potencial del que se dispone cuando nos enfrentamos a desafíos y a dificultades. La creo, pero prefiero seguir tal como estoy si el precio es tropezar para saberlo.

Pienso que el mundo que vivimos es amplio y generoso y que cabemos todos, también quienes como a Tomás se les oye decir que la existencia se les hace insoportable; causa y razones tendrán, pero la vida es un regalo que hay que hacer por disfrutar. Él dice que hay noches que se duerme queriendo no despertar. El verlo sonriente y con ganas de hablar hace tenga la tranquilidad de que no sucederá.

—¡Hola, buen amigo!

—Lo somos desde antes del diluvio universal.

Su talante es generoso y liberal. Siempre ha mostrado un profundo interés por las cosas nobles y repudio por la falsedad, estado que mantiene, aunque le falte poner más ánimo en manifestarlo.

—Hombro con hombro, dispuestos contra la violencia y las discriminaciones.

Ocupando el lugar que nos hemos dado, sin aceptar intimidaciones y hacer porque donde estemos se nos quiera.

—Vivir libres, verdaderos y sin exclusiones.

Satisfechos, nadando en el río acreditando nuestro brío o yendo tras el viento dispuestos a recorrer el mundo, convencidos de que andando sin parar al final se llega donde se quiere estar.

Hay males que aparecen como por ensalmo y que es fácil que desaparezcan sin mucho esfuerzo, otros son puntas de cuchillo que penetran lentos en el cerebro, hacen añicos la resistencia y permanecen. Es lo que le ha ocurrido a Tomás, una injustica, que le hace vivir ensartado en picos y asediado por gente maliciosa que le carcomen y desfiguran. Siendo tan buena persona, un crimen.

—¡Me alegro tanto por vosotros!

Su afecto me penetra hasta los huesos. Débil e indiferente nunca será. Pronto virará en redondo, se alejará de los que tiñen de colores el polvo y dejará de confundir alucinaciones con sueños.

—Y nosotros de tu compañía.

Lúcido y fuerte, no hay huracán que lo derribe. Que haya días que mueva las manos como espantando moscas y se le trabe la lengua es ocasional.

Siempre estaré a su lado, aunque haya de escoger las palabras para que me escuche y tenga que conducirme conforme a su estado de ánimo. No es un pobre desgraciado ni un torcido que deba enderezarse, es mi amigo. Nos damos un fuerte abrazo como camaradas que somos.

Natividad es la última en acercarse a saludarme, es una mujer con la piel curtida que pretende que cada año que le queda por cumplir le aprovechen como tres.

—Mañana magnífica y feliz —digo, besándola en la mejilla.

—Lo mejor de lo mejor es decir poco —responde ladina.

Con la cara redonda sonriente hace por parecer optimista. Piensa que, aunque no reinará en casa de su hija, no será marginada por mí y que por cauto y manso no me opondré a que nos visite cuando le plazca.

—No sé qué haríamos sin ti —digo, abriendo los brazos.

Por un instante, pensé lo bueno que sería estar corriendo por un bosque claro y extenso oyéndome latir el corazón.

—Que se case contigo acrecienta su fortuna.

Es una ocurrencia tintada de grandilocuencia con la que mi pronto suegra se despista sola.

Ninguno somos del todo sincero. En cierta manera, los dos hacemos bueno lo de que el tamaño de la mentira se mide por lo largo de la explicación, y para no descubrirnos cortamos la conversación.

No cambiamos y apenas aprendemos, aunque en mi caso suelo aceptar los hechos y luego con calma, si no son de mi agrado, trato de enmendarlos. Ella, con espíritu posibilista, probablemente esté pensando en obtener una recompensa por su colaboración a que el día sea bueno y sea madre de la novia.

En este día especial, doy la bienvenida a los seis, admitiendo que no estoy cómodo haciendo de anfitrión. Alba es la efectiva hacedora de en lo que estamos y para mí, principio y fin de lo que quiero; de lo demás, aún sin proponérmelo, me siento distante.